



Juan José Bremer, *El fin de la guerra fría y el salvaje mundo nuevo*, México, Santillana Ediciones Generales, 2006, 347 pp.

“Por azares de la vida, he tenido todo lo que aquí se narra ‘delante de mis ojos’”. Con estas palabras,¹ en el prólogo de su libro *El fin de la guerra fría y el salvaje mundo nuevo*, Juan José Bremer justifica el abordar “un tema de descomunales proporciones, una mar demasiado ancha, con la sola autoridad que me confiere ser testigo de los hechos”. Testigo, por otra parte, de hechos excepcionales que marcan el fin de una época —la guerra fría—, y dan cauce en forma acelerada a lo que Bremer califica como el salvaje mundo nuevo.² Un mundo, nos dice el autor, “atractivo y peligroso por su velocidad”.

En su calidad de embajador de México en la Unión Soviética (1988-1990), Alemania (1990-1998), España (1998-2000), Estados Unidos (2001-2004) y, actualmente, en Reino Unido, Bremer ha tenido el privilegio de vivir —en la misma escena de los hechos—, entre otros, los siguientes momentos históricos: los últimos años del gobierno de Gorbachov y el principio del fin de la disolución del imperio soviético; la reunificación alemana; el acelerado proceso de integración europea; los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, y los acercamien-

¹ La frase está hecha en relación con la obra de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, conforme a una referencia incluida en el texto, Breve biblioteca de autores españoles, de Francisco Rico, publicado en Barcelona, por Seix Barral, en 1991.

² Denominación que Bremer recoge de la obra de Aldous Huxley, *Brave New World*.

tos, distancias y tensiones que —como resultado de lo anterior y otros sucesos— se han dado recientemente entre Estados Unidos y Europa. A cada una de estas experiencias —que en palabras de Bremer no son simple “mudanza de los años, sino escalas de un viaje”—, las denomina *estaciones*, que, por otra parte, son las que le dan cuerpo al texto: la Estación Moscú; la Estación Berlín; la Estación Europa; la Estación Atlántica y, ya no como Estación sino como resultado de una combinación “única de ingredientes del pasado y del futuro”, nuestro tiempo. En verdad y en sentido literal, nos dice Bremer, el salvaje mundo nuevo; “un territorio áspero, aún no domesticado, pero promisorio”.

El ser testigo no de uno, sino de varios de los momentos cruciales de los últimos años, dan al autor, es cierto, autoridad para narrar lo que “vieron sus ojos”. Ello en sí mismo otorga un gran valor al texto. Sin embargo, y afortunadamente, el escrito es mucho más que una mera descripción de hechos. Bremer no sólo es cronista fiel de lo por él observado. Si bien narra aquello de lo que fue testigo, también ofrece explicaciones acerca de los porqués de lo acontecido. Para ello rebasa la coyuntura —por importante que sea—, y recurre al estudio del pasado para entender el presente y proyectar el futuro.

Hacer una reseña de un libro de esta naturaleza no es fácil. El mismo, como todo buen escrito, puede ser leído desde distintos planos y perspectivas. Por esta razón, no haré una descripción puntual del contenido de los capítulos, sino que me concentraré en las que me parecen las principales características y, en su mayoría, virtudes del texto.

Para empezar, como ya se mencionó, destaca el carácter de Bremer como testigo de los hechos. Sin embargo no es un testigo pasivo. Su carácter de embajador de México además de, por supuesto, su interés y habilidades personales, lo llevan a estar y, sobre todo, a buscar estar, en el lugar y con las personas

motores del cambio. Así, su narración frecuentemente se enriquece con base en sus charlas con diversos personajes; tanto los centrales —los que aparecen directamente en escena—, como con muchos otros, los que tras bambalinas influyen también, y muchas veces de una manera muy importante, con sus ideas en el sentido y dirección de los acontecimientos.

Asimismo, y tal vez éste es el mérito mayor del escrito, destaca el conocimiento y, en forma particular, la claridad del autor acerca del sentido y el papel de la historia en la interpretación del presente y la proyección del futuro.

Si bien Bremer se refiere al momento que nos está tocando vivir, como uno de “rápidos” —de aceleración de la historia—, ello no lo lleva a concentrarse tan sólo en la actualidad. Por el contrario, hurga en la historia y encuentra lo que, desde su punto de vista, son las claves para entender los porqués de los acontecimientos en cada una de las escalas de su viaje. De esta manera, no es casual que al final de cada Estación el pasado se haga presente, ya que, en palabras del autor, “el pasado regresa en los tiempos de ruptura: Zagorsk, al colapso de la Unión Soviética; Berlín, con la reunificación alemana; Aquisgrán, con la ampliación europea, y el viejo Atlántico, al final de la guerra fría”.

El hecho de volver la mirada al pasado para entender el presente y pensar el futuro no lleva a Bremer a ser determinista. Su postura al respecto se advierte con toda claridad a lo largo de su escrito: la historia no es lineal; no conduce necesariamente a un solo destino como una fatalidad, y no corresponde necesariamente a una relación simple de causa-efecto. Por ello, entre otros factores, le da también un papel relevante a lo imprevisto, lo mismo que a la fortuna, de la que ya nos habla Maquiavelo en *El Príncipe*. Por otra parte, la historia no sólo la componen los grandes acontecimientos —y esto está implícito en el libro de Bremer—, sino también los pequeños hechos que

poco a poco, y muchas veces de forma casi imperceptible, van acumulando energías que pueden llevar a la culminación de grandes proyectos o a la ruptura y las consecuentes transformaciones.³

Con base en esta misma línea de pensamiento, las reflexiones de Bremer sobre la aceleración de la historia, a partir de la metáfora del río para expresar su devenir, son muy estimulantes y nos invitan a pensar acerca de los tiempos en la historia, así como en la diferencia entre el tiempo que parece detenerse y el que se acelera por el caudal de transformaciones que ocurren muy rápidamente.⁴

Derivado de lo anterior, el libro tiene un orden que facilita su lectura. El autor inicia cada una de las estaciones con una breve reflexión sobre el presente, para después ir al pasado y concluir en una suerte de síntesis, con el vínculo entre ambos tiempos y, en algunos casos, de su posible impacto a futuro.

Otro aspecto que cabe señalar es el gran equilibrio que el texto guarda en cuanto a la valoración de los diversos asuntos que trata. Por lo general, Bremer nos presenta los principales enfoques y las distintas visiones —ya sea por parte de académicos o de políticos— acerca del tema abordado. Esto permite que el lector tenga una visión amplia y pueda conocer las posturas y sopesar los argumentos de las distintas partes en juego. Sin embargo, ello no significa que Bremer no se defina. Generalmente lo hace, como lo señala Carlos Fuentes en la introducción del libro, a favor de “un pensamiento alternativo sobre las

³ Con respecto a la obtención de logros, lo mismo puede decirse de la negociación diplomática, de la que Bremer nos recuerda —citando a lord Salisbury y, aunque no lo dice, recurriendo a su vasta y fructífera experiencia—, que “sus victorias se logran por una serie de ventajas microscópicas, una juiciosa sugerencia, una oportuna gentileza, una concesión de momento y una visionaria persistencia”.

⁴ Un texto que trata estos temas de manera profunda e interesante es el de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1993.

prioridades y valores de nuestra posmodernidad”. Por otra parte, sus juicios no son apresurados. Evita juzgar a las personas y los acontecimientos de una manera radical o sólo en blanco y negro. En la vida hay matices; éstos importan y, de una u otra forma, Bremer nos lo recuerda a través de su escrito.

El libro ofrece además una visión de conjunto. Las diferentes partes del mismo, aunque no de una manera mecánica, están vinculadas y, en mucho, no pueden explicarse unas sin las otras. Igualmente, en lo que los internacionalistas llaman “los niveles de análisis”, su trabajo es cuidadoso. En cada estación se analiza la influencia sobre los acontecimientos tanto del contexto internacional (el sistema), como de lo interno (el Estado y sus componentes) y los individuos. Estos últimos cuentan y, en ciertos casos, mucho. De ahí que en el libro Bremer incorpore breves semblanzas biográficas de los principales actores para conocer no sólo sus actos —que son los que finalmente más importan—, sino también sus motivaciones. Mención aparte merecen las constantes analogías que el autor hace entre las características de personalidad de los individuos con la de los rasgos distintivos de algunos animales. Con ello el texto se torna más ligero, divertido y, sobre todo, ilustrativo. Así, por ejemplo, al referirse a Gorbachov nos dice que, pese a todas sus cualidades, le faltó en momentos decisivos la astucia de la zorra, elemento que sí advierte en otros personajes a lo largo de su narración. Sin embargo, aunque los individuos cuentan —sin ser aquí tampoco determinista—, la mayoría de las veces, de acuerdo con Bremer, lo más relevante son las estructuras y los procesos.

En íntima conexión con el punto anterior, para el autor, la explicación de los fenómenos no es por lo general mono sino multicausal. Lo político, lo económico, lo militar, lo social y el desarrollo tecnológico, entre otros factores, tienen cabida en un análisis que busca ser integral. Es por ello que no es casual el

peso que da a la cultura y a las tradiciones en su estudio. Especialmente interesantes son las reflexiones que hace en la Estación Moscú para explicar el peso del atraso histórico —en sus diversas manifestaciones, sobre todo de carácter social— en el colapso de la Unión Soviética. Lo que Renouvin y Duroselle llaman las “fuerzas profundas de la historia” tiene un lugar importante en el trabajo de Bremer.⁵ En esta misma línea de pensamiento podemos ubicar a James Rosenau —tal vez el más importante teórico acerca del estudio de la política exterior—, quien considera que la cultura y las tradiciones —incluida por supuesto la religión, que tiene un papel importante en los análisis de Bremer—, son algunas de las fuentes internas que más lentamente tienden a cambiar, dentro de aquellas que impactan sobre la formulación de la política externa.⁶

Mención especial merece en este apartado el valor que el autor otorga al campo de la cultura artística, en sus diversas manifestaciones, como una expresión de la identidad y del patrimonio cultural de los pueblos.⁷ La música, la pintura, la arquitectura y la literatura están presentes a lo largo de las cuatro estaciones, lo cual no solamente enriquece el texto, sino que da un lugar importante a una manifestación humana que muchas veces no consideran de un modo suficiente otros autores en sus análisis históricos.

⁵ Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle, *Introducción a la política internacional*, Madrid, RIALP, 1968.

⁶ Son diversos los artículos y libros en los que Rosenau trata este tema. Véase por ejemplo sus aportaciones en James Rosenau (ed.), *International Politics and Foreign Policy*, Glencoe, Free Press, 1964.

⁷ Al respecto es interesante la reflexión que Bremer hace sobre el lugar privilegiado que ocupa el arte en el contexto general de la vida social en Rusia y en México. Por cierto, en esta área específica, señala que “Rusia no solamente no ha estado en la zaga, sino que merece un lugar excepcional en la historia por su riqueza y su originalidad”.

Resulta asimismo importante señalar que el texto está bien fundamentado. Más allá del valor testimonial del trabajo, las reflexiones y el análisis de Bremer se sustentan en un número considerable de notas a pie de página y en una vasta bibliografía. De tal forma que el escrito, que según el autor es “en parte un testimonio y en parte un ensayo”, incorpora igualmente las principales características de un sólido ejercicio académico.

Por último, me parece relevante subrayar que, al igual que en su estructura y contenido, el tono del texto es equilibrado en cuanto a las expectativas que el autor expresa sobre el futuro del salvaje mundo nuevo. En una situación muy compleja que no acaba de definirse, Bremer ve riesgos, pero también oportunidades. En su parecer, el problema mayor se encuentra en “el desarrollo desigual entre los medios y los fines, entre los avances tecnológicos y los rezagos institucionales”. En particular, nos dice el autor, “las múltiples redes del globalismo están poniendo a prueba aquellas estructuras de nuestra civilización en las que no ha habido una suficiente evolución, particularmente las débiles y obsoletas instituciones de gobernabilidad internacional”. Hay múltiples desafíos —seguridad internacional, cambio climático, pobreza, migraciones, etcétera— que requieren ser enfrentados decidida y adecuadamente.

De acuerdo con Bremer, dado que estos problemas son globales, “sólo podrán ser atendidos si renovamos el actual sistema internacional”. Para lograr esto, contrapone como un elemento esencial la cooperación y el multilateralismo frente a la acción unilateral y, con un sentido de urgencia, apela a la tolerancia como un valor fundamental que debemos cultivar. Al respecto, nos recomienda, como una lectura obligada para nuestro nuevo siglo, el *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, “quien hace casi 500 años en un tiempo como el nuestro, muy enrarecido”, mantuvo la cabeza clara, y describió “las imposturas, los

esperpentos y los extremismos de su época, con fina agudeza e ironía”. Aunque al final, desafortunadamente, la violencia y la intolerancia —representada actualmente en buena medida por el terrorismo— “se impusieron sobre los pocos intentos lúcidos, como el de Erasmo, para evitarlo”.

Para concluir, Bremer advierte que “no están a la vista, la visión ni la voluntad políticas para armar las nuevas estructuras que puedan encauzar las energías y contradicciones de nuestra civilización”. Sin embargo, líneas más adelante señala que, “a pesar de la incertidumbre que se manifiesta en nuestro horizonte inmediato, el fin de la guerra fría nos liberó de un mundo petrificado y se ampliaron los espacios para el ejercicio de nuestra creatividad”. Nuevamente sale a relucir el equilibrio. No se trata de optimismo desbordante, pero tampoco de temor paralizante. En esta línea de pensamiento, no es casual que el capítulo dedicado al salvaje mundo nuevo inicie con una referencia sobre *La tempestad*, de Shakespeare, y termine con una nota sobre la misma obra. Los claroscuros de aquellos tiempos y del nuestro, así como las reacciones que los humanos solemos tener frente a lo novedoso, son objeto de las últimas reflexiones del autor en su escrito. Frente al mundo nuevo que deslumbra a algunos —como le ocurre a la joven Miranda en el quinto acto de la citada pieza teatral—, debemos contraponer la conciencia de sus peligros, como acontece con los menos y, en el caso de la misma obra, con Próspero, su padre. Es ésta, nos dice el autor, nuestra realidad actual. Nuevos tiempos frente a los que necesitamos crecer para estar a la altura de sus retos. Pero para lograrlo, finaliza Bremer, “habrá que combinar sentido de la realidad, conciencia histórica y visión del futuro”.

Ricardo Macouzet N.